



REVISTA QUINCENAL
ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las republicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.
No se atenderá suscripcion alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.
Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

TEXTO.—CHINA: Construccion de una iglesia: noticias de una cristiandad, pág. 61.—TUNG-KING ORIENTAL: Turbulencias en este reino: penalidades de los misioneros, 64.—AFRICA OCCIDENTAL: Tradiciones religiosas de los habitantes de Annobon: su carácter: interés por las Misiones, 67.—*El Fetichismo, ó religion de los negros de la Guinea*: Cosmogonia y teogonia (continuacion), 70.—AUSTRALIA: Trabajos de los Padres Agustinos en el vicariato de Queenslandia septen-

trional, 72.—CRÓNICA: España, Roma, Emuy, Ke-Roy, Tung-king oriental, Tung-king occidental, 74.—Apuntes históricos sobre la fundacion del Colegio de san Carlos y sus Misiones en la provincia de Santa Fe, 79.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente (Pliego 9 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Kolia ó antigua embarcacion tongiana, 61.—Arbol fetiquio en la Costa de los Esclavos, 68.—Vista de Bagamoyo, 69.—Pueblo de la campiña de Bagamoyo, 73.—Avenida de un pueblo de la campiña de Bagamoyo, 76.—El regreso de la caza, 77.

LA PASTORAL

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE PLASENCIA.

Acerca esta notabilísima Pastoral, conocida ya en toda España, leemos en *La Semana católica* lo siguiente, que hacemos completamente nuestro, por hallarnos en las mismas condiciones que nuestro querido colega:

Aunque ajena á la política considerada en los elementos de este mundo, *La Semana católica* se siente obligada á tratar de las cosas que dicen relacion con ella, cuando por ventura son del órden religioso, como la insigne Pastoral que acaba de publicar el Rdo. Obispo de Plasencia, magnífica exposicion y comentario del texto del profeta Ezequiel, aplicado á gobernantes y gobernados: *Convertios... y no os dañará vuestra iniquidad.*

El docto y celoso Prelado se quejó en ese documento, digno ciertamente de la pluma de los Ambrosios y Cirilos, del triste desamparo en que la política reinante, liberal y esencialmente hostil al catolicismo, viene dejando á la Iglesia de Dios á merced de sus enemigos en todas las regiones sociales, singularmente en la enseñanza de la juventud, que ha usurpado exclusivamente para sí el Estado moderno, y en el estadio de la prensa, donde la verdad divina es todos los días y á todas horas abofeteada impunemente por los que no quieren que la misma verdad reine sobre ellos.

Quéjase asimismo el celoso Prelado al ver conculcados los fueros de la Religion y de la Iglesia por esta misma política reprobada, y menospreciada la voz de los Pastores, que mansamente vuelven por ella poniéndola en los oídos de los gobernantes, desventuradamente sordos. Descubre con apostólico valor el espíritu que les anima, de puro interés mundano, del todo extraño al bien sobrenatural de la Iglesia; espíritu que informa una política esencialmente impia, que consume el mayor de todos los males, cual es entregar á la Iglesia con las manos atadas, despojada y vestida de púrpura por irrisión, ceñida la frente con corona de espinas, en poder de sus más furiosos enemigos, no sin lavarse antes sus autores escrupulosamente las manos.

No son únicamente dolorosas quejas y cargos gravísimos, fundados en hechos notorios, lo que forma, por decirlo así, la trama de este grandioso monumento del celo episcopal. Léanse asimismo en él declaraciones doctrinales de alta trascendencia, sobremanera útiles y oportunas, á saber: que al Estado no le ha dado Dios la misión de enseñar; que la política liberal es esencialmente hostil al catolicismo; que el derecho de los Prelados es, sin comparacion alguna, superior al que consiste en declarar lo que es ó no conforme con los principios que informan su conciencia; que la doctrina de la tesis y de la hipótesis ó del mal menor, segun es sustentada por la política reinante, es contraria á los deberes y la misión del Estado cristiano, y otras afirmaciones semejantes, dignas de ser grabadas con sello indeleble en todo corazón cristiano.

Excusado es decir que *La Semana católica* se adhiere con toda su alma á las sagradas doctrinas, avisos, quejas y documentos del ilustrado Prelado de Plasencia, puesto por Dios en la sagrada sede que ocupa, para que sea con sus demás hermanos la luz del mundo; y que reconoce en esta su augusta misión el derecho perfectísimo que le asiste para decir la verdad á todos, así gobernantes como gobernados, para que todos aprendan y vean el camino de la justicia, y se conviertan á Dios, si por ventura han cometido alguno de los pecados que en esta enseñanza se refieren, para que no les dañe la iniquidad.

Excusado es asimismo añadir, que *La Semana católica* ocupa y ocupará, Dios mediante, su puesto de honor al lado y en defensa de la sagrada persona de este dignísimo Prelado, y que si, por ventura, llegase á ceñir su frente la auréola de los que padecen por la causa de Dios y de la verdad, nuestro mayor honor sería participar del cáliz que acerquen á sus labios aquellos mismos á quien mansa y amorosamente convida á que hagan penitencia.

EL ERMITAÑO DE SANTO PITAR.

TRADICION MOZÁRABE.

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO.

Transcurrieron en tanto tres años, y llegó el estío del 711.

Los temores del buen anacoreta se habian realizado. Desde su silencio retiro supo las discordias intestinas y graves trastornos que habian sobrevenido en nuestra Peninsula, el destronamiento de su rey, el alzamiento de otro y demás desventuras que hirieron y aterraron al pueblo hispano-visigodo cuando más confiado dormía en los brazos de su aparente prosperidad. Cuenta la tradicion que desde su alta cumbre vió el ermitaño las naves del conde D. Julian atravesar repetidas veces el estrecho y conducir á las playas de Traducta, Calpe y Carteya enjambres de bárbaros, que ayudados por la traicion y por la cólera divina, irritada contra los españoles, desbarataron el ejército de D. Rodrigo en la infausta jornada del Guadalete.

Una mañana de agosto, y por segunda vez en su vida, el patricio trepó á la empinada mesa del Santo Pitar, y sin articular palabra, tan conmovido venia, se arrojó á los piés del ermitaño, el cual alargándole cariñosamente las dos manos y ayudándole á levantar, dijo al patricio:

—Señor: en la turbacion de vuestro rostro se revela algun vivo pesar que yo deploro y compadezco de todo corazón; mas serenáos, confiadme lo que tanto os acongoja, y luego juntos pediremos al Señor que tenga de vos misericordia.

—¡Oh varon de Dios! vuestras predicciones se cumplieron. Los sarracenos han invadido nuestra Peninsula; se asegura que han derrotado y muerto al rey D. Rodrigo en los campos de Xerez; y ahora tienen cercada la ciudad vecina, cuyo conde soy; si Dios no lo remedia, caerá en sus manos, y vuestras mujeres y nuestros tesoros serán presa del bárbaro vencedor.

—Y se cometerán horribles sacrilegios por ese pueblo infiel, enemigo de Cristo. Pero páreceme que no aquí, sino en las fortalezas de vuestra ciudad, es donde debierais estar en estos momentos, animando á los defensores y acudiendo á todo.

—Confieso ingenuamente que no sirvo para el caso, y que he echado sobre mis hombros una carga superior á mis fuerzas. Acostumbrado á una vida cómoda y regalada, no puedo sobrellevar los insomnios y fatigas de estos últimos días; y hace veinticuatro horas que me vine á descansar á mi amada villa, de donde no me hubiera movido á no ser por la gravedad del peligro y el deseo de pedir os ánimo, consejo y bendicion.

—Mi consejo es que os volvais luego á vuestra ciudad, y confiando en la ayuda del Todopoderoso, hagais cuanto esté de vuestra parte para rechazar á los sarracenos, que, si animosos y atrevidos, no deben ser muchos.

—Desconfío de poderlo conseguir, porque no cuento con el apoyo de mis conciudadanos, consternados y divididos. Muchos, faltos de fe, de valor y de patriotismo, quisieran entregarse á los infieles, bajo condiciones ventajosas, que éstos ofrecen si apresuramos la rendicion. De este parecer son los comerciantes y el pueblo bajo, que quisieran, á toda costa, continuar la empujada *vendeja* (1) que los enriquece en la estacion actual. Dícese que los judios, que son muchos y poderosos, están de acuerdo con los sitiadores para facilitarles la entrada como lo han hecho en otras partes. ¿Creeis, buen ermitaño, que nos queda alguna esperanza de remedio y de salvacion?

—Noble patricio, además de la proteccion divina que la obtendreis, si estais dispuestos á hacer penitencia, razon es que en tan apurado trance intenteis un esfuerzo supremo y os resolvais á morir, si fuera preciso, por Dios y por la patria. Volveos inmediatamente á la ciudad, y atended enérgicamente á su defensa. Abrid vuestros tesoros, ofreced generosa recompensa á los defensores, reforzad la guarnicion de todos los muros y castillos, armad toda la gente moza y fuerte y poned á buen recaudo, ó expulsad de la plaza, á los sospechosos.

—¡Si vierais cuán poco valen los muros y torres que guarnecen nuestra ciudad! En rigor sólo tenemos un castillo inexpug-

(1) El tráfico y exportacion de frutos de agosto á setiembre.

nable por arte y naturaleza: el castillo del Faro (1), que allí veis dominando el puerto y la población.

—Pues guardadle bien, y del mismo modo todas las demás alturas que rodean la ciudad: guarneced igualmente con los villanos y campesinos este monte y todos los demás que desde aquí descubrimos en distintas direcciones y que hacen inaccesible este territorio. Si á bien lo teneis, yo mismo, que antes de monje fui soldado, y volveré á serlo de buena gana para pelear por la fe de Cristo, me encargo de la defensa de este monte y de levantar toda la serranía.

—Me parece un poco tarde; pero seguiré vuestros consejos, os daré gusto en lo que pretendéis, y os enviaré alguna gente de armas que milite á vuestras órdenes.

—Pues no perdamos tiempo. Y decidme: ¿son bravos los hombres de estas sierras?

—Fama de ello gozan: al menos sus antepasados mostraron su valor en muchas ocasiones. Segun noticias, á estas horas, todos los pueblos de esta provincia deben estar levantados en son de guerra. Paréceme que de cerca y de lejos descubro mucha gente agrupada ó desparramada por los caminos y lomas, y que no pocos se dirigen hácia aquí.

—A falta de otro mejor, nombradme su caudillo, y yo los conduciré á las cercanías de la capital, donde contando con el favor divino, combatiremos á los sarracenos y libraremos la plaza.

—¿Y si llegáis tarde?

—Nos replegararemos á los montes, nos haremos fuertes en sus asperezas y destrozaremos á la morisma que ose atacarnos.

—Pues ahora quedaos con Dios, esperando mis auxilios é instrucciones.

—Que Él os acompañe y haga de todos lo que sea servido.

Cuenta la tradición que, concluido este coloquio, el ermitaño se recogió á orar, y el patricio regresó á su villa, cuyo alegre recinto encontró sumido en pavor y confusión. Su mujer y sus hijas, doncellas muy hermosas y bizarras, salieron á recibirle con llanto y alaridos. En semejante estado halló otras muchas personas, mujeres y hombres, de sus parientes y amigos, todos patricios y nobles, que habian acudido allí de diversos puntos donde veraneaban, y venian huyendo del furor mahometano.

—¿Qué es esto? (preguntó). ¿Qué sucede? ¿Han entrado los moros en la ciudad?

—Aún no han entrado, le respondieron; pero segun el último aviso, informados los sitiadores de que vos no estabais en vuestro puesto y os holgabais en esta villa, sin guardar bien los pasos y caminos que á ella conducen, han enviado un escuadron que os coja prisionero. A mitad del camino, este escuadron tuvo una refriega con un peloton de montañeses que salió á disputarles el paso, y que les mató á pedradas dos hombres, y los demás se dirigen furiosos á esta parte. Así lo sabemos por uno de los serranos, que ha corrido á traernos la noticia. No faltan en todas esas alturas hombres animosos que con diversos proyectiles procuren atajar á los invasores.... pero ¡hélos ahí!

En efecto; el escuadron musulman, compuesto de unos doscientos, entre peones y jinetes, llegó á la villa y cercó la casa. Temblaron y palidecieron cuantos en ella habia al contemplar la oscura tez, los ojos centelleantes y el aspecto marcial de aquellos infieles, que todos eran árabes y venian armados con lanzones y arcos, y cabalgaban corceles del desierto. Pero la consternacion de la gente patricia rayó en susto mortal, cuando los árabes, entrando en la casa, mataron á flechazos y lanzadas á las primeras personas que hallaron, y enfureciéndose como fervientes musulimes al ver muchos simulacros en ricos muebles, vajillas y estatuas, todo lo derribaron y deshicieron.

Aquellos actos de ferocidad y vandalismo afectaron mucho al patricio, que era harto sensible y amaba las bellas artes; pero mayor fué su pena, cuando el capitán de aquella horda exclamó:

—Ya está vengada la sangre de mis dos valientes y destruidas esas figuras idolátricas; traigase ahora toda la riqueza que haya en este alcázar, así en alhajas de oro, plata y pedrería, como en metal cincelado y acuñado, pues todo ello pertenece,

(1) Hoy Gibraltar.

como botín militar, á los sectarios del Profeta. Y lo mismo digo de todos los siervos y ganados de esta rica *almunia* (1), advirtiéndole que el esclavo que quiera abrazar el islamismo, por el mismo hecho queda emancipado y honrado con el título de *mauli* (2) de Mahoma.

Ejecutóse luego la orden, y unos cuantos siervos dijeron que aceptaban la proposicion, con lo cual se unieron á los musulmanes, ayudándolos al saqueo.

El conde y demás patricios estaban mudos y atónitos, como heridos de un rayo, cuando entró en la villa otro escuadron sarraceno con su alcaide á la cabeza, el cual, viendo aquel desbarajuste, exclamó con voz de trueno:

—¡Basta ya! Reúnase el botín para repartirlo, segun derecho, cuando yo lo ordene. En cuanto á las personas de los infieles, nadie les toque hasta nueva orden. ¿Dónde está el conde de la ciudad?

—Yo soy, dijo temblando el patricio.

—Sabed, dijo el alcaide, que yo soy Abdelali, hijo del ilustre xequé Muza-ben-Nozair, wali (3) de África y de España por el glorioso califa y emir-almumenin (4), á quien guarde Allah. No temais, pues vengo con la justicia y la ley. En mis manos tengo vuestro destino: escoged. Si me facilitais la rendicion de la ciudad, confiada á vuestro gobierno, y me la entregais en el término preciso de veinticuatro horas, salvareis vuestra vida y la de todas las personas que entren en esta capitulacion. En nombre del califa, yo os prometo y otorgo una Constitucion muy amplia y favorable, conservando vuestra religion, vuestras leyes civiles y municipales, vuestros magistrados y vuestros bienes, salvo ciertos tributos que pagareis como súbditos al soberano de Oriente y de Occidente. Si rehusais, perdereis cabezas y bienes, que serán confiscados á beneficio de los conquistadores.

Y como el conde turbado y perplejo, no osase contestar, Abdelali prosiguió diciendo:

—Animo, noble conde; lo que acabo de deciros es lo que venimos haciendo en todas las ciudades y provincias conquistadas. Donde hemos entrado por fuerza de armas, hemos degollado mucha gente, y la riqueza mueble é inmueble se ha repartido entre los conquistadores. Mas donde quiera que han aceptado nuestras proposiciones, casi todo ha quedado como antes, excepto el botín cogido en los primeros momentos; la contribucion de guerra, la territorial, la capitacion, que es un derecho especial pagado por cuantos quieren continuar en su fe y leyes patrias, y por último, los bienes de los emigrados, pues todo eso pertenece á la grey mahometana.

—Paréceme, aventuró á decir el conde, que ambos extremos son igualmente duros para el pueblo sometido, que quedará en la miseria.

—No hay conquista ni revolucion, replicó el emir, que por lo pronto no lastime algunos intereses; mas la vieja Europa tiene que seguir de grado ó por fuerza el movimiento religioso y civilizador iniciado en el Oriente: escrito está. Muchas son ya las ciudades y provincias que han aceptado nuestros partidos, y donde sus próceres y patricios continúan disfrutando de sus bienes y comodidades, que han perdido los que se han puesto en armas ó huido á los montes. Aceptad, pues, y yo, en nombre del excelso califa, os confirmaré en vuestro cargo de conde y gobernador de los cristianos de esta ciudad.

El conde aceptó al fin y firmó la capitulacion que se le proponia, vencido, entre otras razones, por los ruegos de su mujer é hijas, muy acobardadas en presencia de los sarracenos. Refiere la tradición que Abdelali, que dicho sea de paso, era jóven y enamorado, al contemplar el sentido espectáculo de aquellas elegantes damas, cuyas lágrimas añadian un encanto especial á la belleza de sus rostros, las dijo:

—No tembleis, palomas nazarenas, que ninguno osará agraviaros mientras esteis bajo mi proteccion. Y tened por cierto que

(1) Voz de origen árabe, análoga á la latina *villa*.

(2) Que quiere decir liberto.

(3) Es decir, gobernador, virey.

(4) Es decir, soberano de los creyentes.

en esta expedición militar muchos conquistadores serán conquistados, muchos leones serán amansados, y muchas riquezas, quitadas á los españoles, serán recobradas por las españolas.

Cuyo lenguaje alegórico y enigmático, comprendido por las patricias, despejó algun tanto sus anublados semblantes; y aun se cuenta que, andando el tiempo, algunas de ellas casaron con señores árabes.

En virtud de la negociacion expresada, el conde marchó con Abdelali al campo sarraceno, y avistándose luego con los demás patricios y magnates de la ciudad vecina, apresuró su rendicion. Antes de marchar, envió un mensajero al ermitaño, comunicándole el estado de las cosas é intimándole no se empeñase en ejecutar sus belicosos proyectos.

Al ver la conducta del conde, y al considerar la situacion moral de España, el ermitaño comprendió que no habia resistencia posible contra un azote tan merecido. Sin embargo, resuelto á hacer por la salvacion de su patria cuanto estuviese en su mano, recogiendo toda la gente de armas tomar que halló desparramada por aquellos montes, fortificó y guarneció la inaccesible cumbre llamada hoy de Santo Pitar, y poniéndose de acuerdo con los serranos de Antequera, Barbaster (1), Archidona y Loja, dificultó por algun tiempo la conquista de aquellos territorios. Cuéntase que desesperanzado al fin de conseguir nada en la Bética, marchó al Norte, alentó la resistencia de los vascos y astures, tuvo la satisfaccion de presenciar el alzamiento de D. Pelayo, y murió en olor de santidad.

En cuanto al conde, tuvo el sentimiento de ver hartas desdichas, ruinas y catástrofes en su patria y en su familia. Con pretexto de que la ciudad habia opuesto alguna resistencia (2), los

(1) Hoy despoblado cerca de Hurdales.

(2) Debemos advertir que en las crónicas árabes se halla alguna memoria del suceso que tan prolijamente hemos referido en el presente capítulo. En las *Anales* de Almagari, tomo I, pág. 174 de la edicion de Leiden, leemos que durante el cerco que pusieron los musulmanes á la ciudad en cuestion, su príncipe ó gobernador sobrado indolente y falto de consejo, para descansar de las fatigas de la defensa, se fué á holgar en un vergel cercano, sin cuidarse de poner en lugares convenientes centinelas ni atalayas. Pues como lo entendiese Abdelali, durante la noche, colocó en un extremo del vergel una celada, en donde cayendo el incauto gobernador, fué aprisionado por los jinetes árabes allí emboscados. Con lo cual, facilitada la conquista, Abdelali entró vencedor en la ciudad, donde los musulnes se hartaron de ricos despojos. En esto vinieron á parar las ponderadas riquezas de aquella ciudad.

sarracenos, tan rapaces cuanto impios, saquearon las casas de los ricos y derribaron casi todos los templos y conventos, expulsando, insultando á los sacerdotes y á las vírgenes del Señor.

En cuya obra de rapiña y de sacrilegio fueron grandemente ayudados por los judios, por el populacho y por mucha gente de más cuantía que abrazó ardorosamente su causa. Durante algunos años la ciudad se vió sembrada de sacrilegas ruinas, que afligian el ánimo de los mozárabes fieles á su fe y á su patria. Más afortunados fueron los palacios de los ricos y patricios; pues ahuyentados muchos de sus dueños, entró á habitarlos el nuevo patriciado musulman creado por la conquista, y que en gran parte casó con mujeres cristianas elegidas entre las más hermosas y principales. Casamientos reprobados por la Religion y el patriotismo, pero que admitieron con harta frecuencia las mujeres españolas, acostumbradas al lujo y al regalo de la época visigoda, y deseosas de rescatar por algun medio los bienes de que la rapacidad musulmana habia despojado á los sometidos.

Concluye la tradicion asegurando que algunos años despues vinieron sobre aquella ciudad y su jurisdiccion muchos azotes y castigos de hambre, peste, sequia, ruina del comercio y de la industria, miseria y emigracion de sus moradores, cuyas plagas cayeron especialmente sobre la poblacion española, que vino á quedar muy mermada y empobrecida, prevaleciendo la musulmana.

La conducta del expresado conde halló imitadores en las principales ciudades de la Peninsula, y la populosa nacion ibérica, excepto las montañas del Norte, cayó para largo tiempo bajo la opresion sarracena.

En cuanto á la elevada cumbre de Santo Pitar, sirvió en diversos tiempos, y especialmente desde el siglo IX al XII, de refugio y defensa á los perseguidos mozárabes de aquel territorio, que fortificándose en los montes contra la tirania musulmica, procuraron, con más gloria que fortuna, anticipar la restauracion nacional: empresa reservada por la Providencia á héroes más afortunados y á tiempos más remotos.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

OBRAS EN VENTA, EN LA MISMA LIBRERÍA.

ALBUM DE LOS PAPAS, 10 duros. Interesante y lujosa obra en la que van contenidos **258** retratos de los Papas desde S. Pedro á Leon XIII.

Mes de Marzo consagrado al glorioso Patriarca san José, esposo de la Virgen María, compuesto por el docto y piadoso sacerdote *José Marconi*.—Traduccion de la octava edicion italiana. La ofrece á la piedad cristiana un Devoto del Santo.—Encuadernado en percalina en 8.º á 1 peseta 25 céntimos.

Nuevo Mes de S. José, ó sea el mes de Marzo consagrado al culto especial del Esposo de María, por *D. J. C. P.*—Un tomo en 16.º encuadernado en piel y relieves, 1 peseta 50 céntimos.

Officium Hebdomadæ Sanctæ, etc.—Un volúmen en 24.º, á dos tintas, 5 pesetas en chagrin.

Officium Hebdomadæ Sanctæ, etc., cum cantu emendato. Un volúmen en 8.º, á dos tintas, 8 pesetas encuadernada.

Meditationes de Jesuchristo ejusque S. S. Corde utriusque cleri sacerdotibus propositæ a *P. Emm. Bottaglia* S. J.—Un volúmen en 18.º á 4 pesetas en rústica.

De ecclesiasticorum vita, moribus et officiis libri tres, auctore *R. P. Schevichavio Ainhemio* S. J. doct. theol.—Dos volúmenes en 18.º, 6 pesetas en rústica.

Cuvelhier, M., S. J., Meditationes brevissimæ in usum Sacerdotum, Religiosorum, Missionariorum iter agentium, etc., in totum annum distributæ.—Un tomo en 18.º, 1 peseta 50 céntimos.

Ciencia del Crucifijo, (La) meditaciones para el tiempo de la vida y de la muerte, por el *R. P. Pedro Marie* de la Compañía de Jesús. Obra revisada y corregida por el *P. Grou* de la misma Compañía.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina, 1 peseta y 50 céntimos en rústica.

Ciencia práctica del Crucifijo, (La) en el uso de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, continuacion del libro titulado *La Ciencia del Crucifijo*, por el *R. P. Grou* de la Compañía de Jesús.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina, 1 pta. y 50 céntimos en rústica.

El Obrero católico. Revista semanal escrita por y para la clase obrera. (Con licencia.—Año tercero). **20** reales al año.—Por corresponsal, **22**. Redaccion y administracion: Imprenta de San José, Manresa (Barcelona).—No se admiten suscripciones para menos de un año.—El pago, que ha de ser anticipado, puede hacerse en sellos de cartas.—El año editorial empieza por San José.—Se mandará un número de muestra á quien lo solicite. Se suscribe en esta casa.